

A modo de introducción

Uno de los libros más interesantes de la obra de Julián Marías es *Razón de la filosofía*. En su primer capítulo describe el panorama prometedor de la filosofía española en los años inmediatamente previos a la guerra civil. «España, (...)por primera vez desde el siglo XVII, tenía un pensamiento filosófico original, de valor extraordinario: Miguel de Unamuno, sobre todo Ortega, seguidos por Manuel García Morente y Xavier Zubiri, cuyo talento era evidente desde sus comienzos, y, a pesar de su juventud, José Gaos, que prometía ser eficaz Continuator de sus maestros»¹. De algunos de los autores a los que se refiere Marías nos ocupamos en este libro. Pero cito a Julián Marías en estas páginas por otros motivos. Subraya nuestro autor en *Razón de la filosofía* una idea a la que he acudido en varios de mis trabajos. «Se filosofa –decía Marías– en una circunstancia determinada, por ciertos motivos que obligan a hacerse unas preguntas, aceptadas o rehuidas, según los casos. No se puede entender una filosofía de manera abstracta, prescindiendo de la situación personal e histórica del filósofo, como si fuese un mero conjunto de enunciados o tesis»². Este libro tiene mucho que ver con la circunstancia personal, es decir, lo que ha pasado conmigo en los últimos años y con la circunstancia histórica, esto es, lo que está pasando en el mundo, sobre todo, en el mundo universitario, en los días que vivimos.

Mi trayectoria profesional universitaria se ha desarrollado en el ámbito de dos instituciones, la Universidad Francisco de Vitoria (UFV) y la Universidad CEU Cardenal Herrera (CEU-UCH). En ambas la formación universitaria se considera algo más que una mera formación profesional. El valor y la centralidad del departamento de Humanidades en la UFV y el papel que en la última década ha venido desempeñando el Instituto CEU de Humanidades Ángel Ayala en los centros universitarios

¹ MARÍAS, J. (1993) *Razón de la filosofía*, Alianza Editorial, Madrid, p. 15.

² *Ibid.*, p. 28.

de la Fundación San Pablo CEU, es un denominador común de ambas instituciones, por otro lado, inspiradas en un humanismo cristiano de orientación católica. En las dos he impartido asignaturas de carácter liberal, como diría Christopher Derrick, uno de los protagonistas de este libro. Es decir, he impartido clases de asignaturas libres de una finalidad meramente práctica y por lo tanto, aparentemente inútiles, pero no por ello carentes de valor. Lo útil, posee un valor fuera de sí. Es decir, es valioso en la medida que sirve para algo. Pero hay otro tipo de conocimientos que son valiosos en sí mismos, que vale la pena hacerse con ellos, no porque sirvan para algo, sino porque entrañan un valor en sí mismos. Las humanidades pertenecen a este género de saberes. Derrick hablaba de la educación liberal de este modo: «La educación liberal es otra cosa: nos enseña cómo hacer cosas que no son necesarias, que no están dictadas por consideraciones de tipo práctico o económico, sino que vale la pena hacerlas por sí mismas. Aristóteles usó una atrevida analogía para hacer esta crucial distinción. El hombre libre, dijo, es el que vive para sí mismo y no (como el esclavo) para otros; y, en el mismo sentido, la filosofía es para él el más libre de los estudios y materias, porque se emprende solamente por sí mismo y es –como ese hombre de mentalidad servil diría– absolutamente inútil»³.

Con la educación liberal me parecía que estaba aportando algo muy valioso, por lo menos, no de rango inferior al resto de materias, estrictamente prácticas, que recibían mis alumnos de periodismo, administración de empresas, enfermería, farmacia, etc. Esta convicción se veía confirmada no sólo por la opinión y el pensamiento de Aristóteles y Derrick, sino por una tradición de intelectuales, algunos de ellos protagonistas de capítulos de este libro como Ortega, Unamuno o Pedro Laín Entralgo. Sin embargo, las humanidades, y paso ahora a comentar lo que está sucediendo en la Universidad en nuestros días, están siendo arrinconadas en los últimos años. Se está imponiendo cada vez más y de un modo patente, una formación universitaria centrada en la adquisición de competencias y habilidades de carácter meramente instrumental. Toda la educación desde los objetivos, temarios, bibliografía y modos de evaluación de una asignatura se articulan y estructuran en relación

³ DERRICK, C. (1997) *Huid del escepticismo*, Madrid, Encuentro, pp. 35-36.

a la utilidad marcada por las competencias y habilidades a adquirir. No hay espacio para la libertad, para buscar la verdad por la verdad, para adquirir los conocimientos valiosos por sí mismos. Si se deja un espacio, es para que esos conocimientos adornen el currículum académico del alumno, pero no adquieren la centralidad que antaño poseían en algunas universidades.

No soy el único en advertir esto. El filósofo Alejandro Llano, con una aquilatada carrera universitaria como pensador y como gestor (fue rector de la Universidad de Navarra), publicó un libro en el año 2003 con el título *Repensar la Universidad. La Universidad ante lo nuevo*. Cambiaban los tiempos, qué debía permanecer en esta institución casi milenaria y qué debía adaptarse ante la nueva situación social. Allí escribía: «Pero lo cierto es que el futuro de nuestra civilización depende en buena parte de que la Universidad no pierda su esencial vinculación con el tipo de conocimientos que afectan más profundamente a la persona humana. La Universidad –y con ella la sociedad entera– se juega su destino en el tratamiento que conceda a los saberes humanísticos»⁴. No se trata, añadía Llano, de restaurarlas como si las trajéramos del pasado y sin ningún tipo de consideración las insertáramos tal cual en el ámbito académico actual. Alejandro Llano hablaba de integrarlas en lo nuevo⁵ que en nuestros tiempos posee un carácter profundamente tecnológico. Otras obras, más recientes como *Humanidades para el siglo XXI*⁶ o *Adiós a la Universidad. El eclipse de las Humanidades*⁷ insisten en las mismas ideas de Alejandro Llano a partir de otras experiencias, desde otros ángulos y perspectivas, pero en el fondo coincidiendo en la profunda preocupación por la desaparición de las humanidades en el proyecto universitario español.

⁴ LLANO, A. (2003) *Repensar la Universidad*, Madrid, Ediciones Internacionales Universitarias, p. 13.

⁵ «Si todavía aspiramos a que la inteligencia trate de encaminar el curso de los acontecimientos humanos, es preciso que las instituciones académicas, culturales y científicas, sean capaces de asimilar lo nuevo, captar su radical dimensión antropológica y ética, integrarlo en el modo de pensar propio de un humanismo no meramente añorante o restaurativo» *Ibid.*, p. 17.

⁶ ALVIRA, R.; SPANG, K. (Ed.) (2006) *Humanidades para el siglo XXI*, Pamplona, EUNSA.

⁷ LLOVET, J. (2011) *Adiós a la Universidad. El eclipse de las Humanidades*, Barcelona, Galaxia Gutenberg.

Este libro nace, pues, de una necesidad personal de comunicar a la sociedad en general y al mundo académico en particular, la convicción de la importancia de primar o por lo menos igualar, la educación liberal y la formación estrictamente instrumental. Existen muchos caminos para evidenciar esto. Personalmente decidí echar mano de un conjunto de profesores cuyas instituciones universitarias, y también ellos mismos, participaban de estas ideas y les propuse el análisis de la Universidad o un aspecto de la misma en intelectuales españoles como Ortega, Unamuno, Laín Entralgo, García Morente junto a otros del ámbito europeo y anglosajón como Guardini, MacIntyre o Derrick. En los escritos de todos ellos la idea de Universidad trasciende la formación profesional de una manera más o menos explícita. El resultado es este volumen que he decidido titular *Razón de la Universidad*.

Razón de la Universidad es un conjunto de esbozos, es decir, dibujos trazados a grandes rasgos de lo que Unamuno, Ortega, Laín o Guardini, vivieron y pensaron sobre la Universidad. La idea de las humanidades es tratada en todos ellos de un modo propio y personal, pero al mismo tiempo universal. El libro posee una vertiente biográfica en algunos de los autores tratados que en un principio no estaba prevista, pero al encontrarla en los borradores de los capítulos decidí no eliminarla, dado que enriquece mucho el volumen. Esto hace que descubramos como la Universidad a lo largo del siglo XX ha sido un continuo campo de batalla, donde el Estado ha querido entrometerse, controlar y dominar. Los casos de Unamuno y Laín Entralgo son claros al respecto. Como rectores sufrieron las presiones e injerencias del Estado. El primero, Unamuno, fue destituido de su cargo en 1914, el segundo, Laín, dimitió como rector de la Universidad Central (hoy Complutense) en la década de los cincuenta. Guardini también tiene unas palabras sobre el Estado y la Universidad al respecto.

La estructura del libro ha sido elaborada *a posteriori*. Se han reunido los capítulos según afinidad. La primera parte dedicada a Unamuno, Ortega y Laín tiene una gran unidad y coherencia desde un punto de vista histórico. Podremos contemplar algunas estampas de la Universidad previa a la guerra civil como también encontraremos estampas de la Universidad que se fue configurando después de la contienda nacional. Pero, sobre todo, es unitaria por la afinidad espiritual e intelectual en su

A modo de introducción

Uno de los libros más interesantes de la obra de Julián Marías es *Razón de la filosofía*. En su primer capítulo describe el panorama prometedor de la filosofía española en los años inmediatamente previos a la guerra civil. «España, (...)por primera vez desde el siglo XVII, tenía un pensamiento filosófico original, de valor extraordinario: Miguel de Unamuno, sobre todo Ortega, seguidos por Manuel García Morente y Xavier Zubiri, cuyo talento era evidente desde sus comienzos, y, a pesar de su juventud, José Gaos, que prometía ser eficaz Continuator de sus maestros»¹. De algunos de los autores a los que se refiere Marías nos ocupamos en este libro. Pero cito a Julián Marías en estas páginas por otros motivos. Subraya nuestro autor en *Razón de la filosofía* una idea a la que he acudido en varios de mis trabajos. «Se filosofa –decía Marías– en una circunstancia determinada, por ciertos motivos que obligan a hacerse unas preguntas, aceptadas o rehuidas, según los casos. No se puede entender una filosofía de manera abstracta, prescindiendo de la situación personal e histórica del filósofo, como si fuese un mero conjunto de enunciados o tesis»². Este libro tiene mucho que ver con la circunstancia personal, es decir, lo que ha pasado conmigo en los últimos años y con la circunstancia histórica, esto es, lo que está pasando en el mundo, sobre todo, en el mundo universitario, en los días que vivimos.

Mi trayectoria profesional universitaria se ha desarrollado en el ámbito de dos instituciones, la Universidad Francisco de Vitoria (UFV) y la Universidad CEU Cardenal Herrera (CEU-UCH). En ambas la formación universitaria se considera algo más que una mera formación profesional. El valor y la centralidad del departamento de Humanidades en la UFV y el papel que en la última década ha venido desempeñando el Instituto CEU de Humanidades Ángel Ayala en los centros universitarios

¹ MARÍAS, J. (1993) *Razón de la filosofía*, Alianza Editorial, Madrid, p. 15.

² *Ibid.*, p. 28.

de la Fundación San Pablo CEU, es un denominador común de ambas instituciones, por otro lado, inspiradas en un humanismo cristiano de orientación católica. En las dos he impartido asignaturas de carácter liberal, como diría Christopher Derrick, uno de los protagonistas de este libro. Es decir, he impartido clases de asignaturas libres de una finalidad meramente práctica y por lo tanto, aparentemente inútiles, pero no por ello carentes de valor. Lo útil, posee un valor fuera de sí. Es decir, es valioso en la medida que sirve para algo. Pero hay otro tipo de conocimientos que son valiosos en sí mismos, que vale la pena hacerse con ellos, no porque sirvan para algo, sino porque entrañan un valor en sí mismos. Las humanidades pertenecen a este género de saberes. Derrick hablaba de la educación liberal de este modo: «La educación liberal es otra cosa: nos enseña cómo hacer cosas que no son necesarias, que no están dictadas por consideraciones de tipo práctico o económico, sino que vale la pena hacerlas por sí mismas. Aristóteles usó una atrevida analogía para hacer esta crucial distinción. El hombre libre, dijo, es el que vive para sí mismo y no (como el esclavo) para otros; y, en el mismo sentido, la filosofía es para él el más libre de los estudios y materias, porque se emprende solamente por sí mismo y es –como ese hombre de mentalidad servil diría– absolutamente inútil»³.

Con la educación liberal me parecía que estaba aportando algo muy valioso, por lo menos, no de rango inferior al resto de materias, estrictamente prácticas, que recibían mis alumnos de periodismo, administración de empresas, enfermería, farmacia, etc. Esta convicción se veía confirmada no sólo por la opinión y el pensamiento de Aristóteles y Derrick, sino por una tradición de intelectuales, algunos de ellos protagonistas de capítulos de este libro como Ortega, Unamuno o Pedro Laín Entralgo. Sin embargo, las humanidades, y paso ahora a comentar lo que está sucediendo en la Universidad en nuestros días, están siendo arrinconadas en los últimos años. Se está imponiendo cada vez más y de un modo patente, una formación universitaria centrada en la adquisición de competencias y habilidades de carácter meramente instrumental. Toda la educación desde los objetivos, temarios, bibliografía y modos de evaluación de una asignatura se articulan y estructuran en relación

³ DERRICK, C. (1997) *Huid del escepticismo*, Madrid, Encuentro, pp. 35-36.

a la utilidad marcada por las competencias y habilidades a adquirir. No hay espacio para la libertad, para buscar la verdad por la verdad, para adquirir los conocimientos valiosos por sí mismos. Si se deja un espacio, es para que esos conocimientos adornen el currículum académico del alumno, pero no adquieren la centralidad que antaño poseían en algunas universidades.

No soy el único en advertir esto. El filósofo Alejandro Llano, con una aquilatada carrera universitaria como pensador y como gestor (fue rector de la Universidad de Navarra), publicó un libro en el año 2003 con el título *Repensar la Universidad. La Universidad ante lo nuevo*. Cambiaban los tiempos, qué debía permanecer en esta institución casi milenaria y qué debía adaptarse ante la nueva situación social. Allí escribía: «Pero lo cierto es que el futuro de nuestra civilización depende en buena parte de que la Universidad no pierda su esencial vinculación con el tipo de conocimientos que afectan más profundamente a la persona humana. La Universidad –y con ella la sociedad entera– se juega su destino en el tratamiento que conceda a los saberes humanísticos»⁴. No se trata, añadía Llano, de restaurarlas como si las trajéramos del pasado y sin ningún tipo de consideración las insertáramos tal cual en el ámbito académico actual. Alejandro Llano hablaba de integrarlas en lo nuevo⁵ que en nuestros tiempos posee un carácter profundamente tecnológico. Otras obras, más recientes como *Humanidades para el siglo XXI*⁶ o *Adiós a la Universidad. El eclipse de las Humanidades*⁷ insisten en las mismas ideas de Alejandro Llano a partir de otras experiencias, desde otros ángulos y perspectivas, pero en el fondo coincidiendo en la profunda preocupación por la desaparición de las humanidades en el proyecto universitario español.

⁴ LLANO, A. (2003) *Repensar la Universidad*, Madrid, Ediciones Internacionales Universitarias, p. 13.

⁵ «Si todavía aspiramos a que la inteligencia trate de encaminar el curso de los acontecimientos humanos, es preciso que las instituciones académicas, culturales y científicas, sean capaces de asimilar lo nuevo, captar su radical dimensión antropológica y ética, integrarlo en el modo de pensar propio de un humanismo no meramente añorante o restaurativo» *Ibid.*, p. 17.

⁶ ALVIRA, R.; SPANG, K. (Ed.) (2006) *Humanidades para el siglo XXI*, Pamplona, EUNSA.

⁷ LLOVET, J. (2011) *Adiós a la Universidad. El eclipse de las Humanidades*, Barcelona, Galaxia Gutenberg.

Este libro nace, pues, de una necesidad personal de comunicar a la sociedad en general y al mundo académico en particular, la convicción de la importancia de primar o por lo menos igualar, la educación liberal y la formación estrictamente instrumental. Existen muchos caminos para evidenciar esto. Personalmente decidí echar mano de un conjunto de profesores cuyas instituciones universitarias, y también ellos mismos, participaban de estas ideas y les propuse el análisis de la Universidad o un aspecto de la misma en intelectuales españoles como Ortega, Unamuno, Laín Entralgo, García Morente junto a otros del ámbito europeo y anglosajón como Guardini, MacIntyre o Derrick. En los escritos de todos ellos la idea de Universidad trasciende la formación profesional de una manera más o menos explícita. El resultado es este volumen que he decidido titular *Razón de la Universidad*.

Razón de la Universidad es un conjunto de esbozos, es decir, dibujos trazados a grandes rasgos de lo que Unamuno, Ortega, Laín o Guardini, vivieron y pensaron sobre la Universidad. La idea de las humanidades es tratada en todos ellos de un modo propio y personal, pero al mismo tiempo universal. El libro posee una vertiente biográfica en algunos de los autores tratados que en un principio no estaba prevista, pero al encontrarla en los borradores de los capítulos decidí no eliminarla, dado que enriquece mucho el volumen. Esto hace que descubramos como la Universidad a lo largo del siglo XX ha sido un continuo campo de batalla, donde el Estado ha querido entrometerse, controlar y dominar. Los casos de Unamuno y Laín Entralgo son claros al respecto. Como rectores sufrieron las presiones e injerencias del Estado. El primero, Unamuno, fue destituido de su cargo en 1914, el segundo, Laín, dimitió como rector de la Universidad Central (hoy Complutense) en la década de los cincuenta. Guardini también tiene unas palabras sobre el Estado y la Universidad al respecto.

La estructura del libro ha sido elaborada *a posteriori*. Se han reunido los capítulos según afinidad. La primera parte dedicada a Unamuno, Ortega y Laín tiene una gran unidad y coherencia desde un punto de vista histórico. Podremos contemplar algunas estampas de la Universidad previa a la guerra civil como también encontraremos estampas de la Universidad que se fue configurando después de la contienda nacional. Pero, sobre todo, es unitaria por la afinidad espiritual e intelectual en su

sentir y pensar en relación a lo que debe ser la Universidad. La segunda parte, dedicada a García Morente y Guardini, tiene como denominador común, la relación del conocimiento científico y la fe religiosa en la Universidad. El análisis del profesor Sergio Sánchez-Migallón de un ensayo de García Morente es magnífico y aporta ideas muy sugerentes para repensar esta cuestión. El capítulo dedicado a Guardini toca de modo más tangencial la cuestión pero lo suficiente como para configurar con el anterior trabajo una sección propia en el libro. La última parte aborda la cuestión de la Universidad y su repercusión social. Precisamente el enfoque humanístico de la formación universitaria revierte de manera positiva en la sociedad. Esto se hace evidente en las reflexiones sobre Derrick. Al mismo tiempo, el capítulo dedicado MacIntyre nos hace ver, a partir del pensamiento de este autor, como algunos elementos presentes en el origen de la Universidad, deberían recuperarse en bien no sólo de la misma institución sino como medio para superar el individualismo y la autonomía propia del hombre moderno y postmoderno.

He empezado esta introducción citando a Julián Marías. Quiero terminar citando a C. S. Lewis. En su obra *Los cuatro amores* coloca el origen de la amistad en el afecto común a algo que dos o tres compañeros descubren de manera inesperada. Entonces exclaman «¿Cómo, tú también? Yo pensaba ser el único»⁸. Ese «¿Cómo, tú también?» es lo que deseo a todo lector de este libro. Ojalá el volumen provoque esa exclamación a todo aquel que se acerque a sus páginas. Por el momento, el «¿Cómo, tú también?», ya ha logrado congregar en una empresa común a los autores y los ha vinculado a una tradición de intelectuales en un mismo afecto a la institución universitaria.

Concluyo agradeciendo a CEU Ediciones el interés que desde el inicio mostró por la publicación de este volumen y al Instituto CEU de Humanidades Ángel Ayala la financiación recibida para su publicación.

Rafael Fayos Febrer

⁸ «La amistad surge fuera del mero compañerismo cuando dos o más compañeros descubren que tienen en común algunas ideas o intereses o simplemente algunos gustos que los demás no comparten y que hasta ese momento cada uno pensaba que era su propio y único tesoro, o su cruz. La típica expresión para iniciar una amistad puede ser algo así: ¿Cómo, tú también? Yo pensaba ser el único». LEWIS, C. S. (2000), Madrid, Rialp, p. 77.

A modo de introducción

Uno de los libros más interesantes de la obra de Julián Marías es *Razón de la filosofía*. En su primer capítulo describe el panorama prometedor de la filosofía española en los años inmediatamente previos a la guerra civil. «España, (...)por primera vez desde el siglo XVII, tenía un pensamiento filosófico original, de valor extraordinario: Miguel de Unamuno, sobre todo Ortega, seguidos por Manuel García Morente y Xavier Zubiri, cuyo talento era evidente desde sus comienzos, y, a pesar de su juventud, José Gaos, que prometía ser eficaz Continuator de sus maestros»¹. De algunos de los autores a los que se refiere Marías nos ocupamos en este libro. Pero cito a Julián Marías en estas páginas por otros motivos. Subraya nuestro autor en *Razón de la filosofía* una idea a la que he acudido en varios de mis trabajos. «Se filosofa –decía Marías– en una circunstancia determinada, por ciertos motivos que obligan a hacerse unas preguntas, aceptadas o rehuidas, según los casos. No se puede entender una filosofía de manera abstracta, prescindiendo de la situación personal e histórica del filósofo, como si fuese un mero conjunto de enunciados o tesis»². Este libro tiene mucho que ver con la circunstancia personal, es decir, lo que ha pasado conmigo en los últimos años y con la circunstancia histórica, esto es, lo que está pasando en el mundo, sobre todo, en el mundo universitario, en los días que vivimos.

Mi trayectoria profesional universitaria se ha desarrollado en el ámbito de dos instituciones, la Universidad Francisco de Vitoria (UFV) y la Universidad CEU Cardenal Herrera (CEU-UCH). En ambas la formación universitaria se considera algo más que una mera formación profesional. El valor y la centralidad del departamento de Humanidades en la UFV y el papel que en la última década ha venido desempeñando el Instituto CEU de Humanidades Ángel Ayala en los centros universitarios

¹ MARÍAS, J. (1993) *Razón de la filosofía*, Alianza Editorial, Madrid, p. 15.

² *Ibid.*, p. 28.

de la Fundación San Pablo CEU, es un denominador común de ambas instituciones, por otro lado, inspiradas en un humanismo cristiano de orientación católica. En las dos he impartido asignaturas de carácter liberal, como diría Christopher Derrick, uno de los protagonistas de este libro. Es decir, he impartido clases de asignaturas libres de una finalidad meramente práctica y por lo tanto, aparentemente inútiles, pero no por ello carentes de valor. Lo útil, posee un valor fuera de sí. Es decir, es valioso en la medida que sirve para algo. Pero hay otro tipo de conocimientos que son valiosos en sí mismos, que vale la pena hacerse con ellos, no porque sirvan para algo, sino porque entrañan un valor en sí mismos. Las humanidades pertenecen a este género de saberes. Derrick hablaba de la educación liberal de este modo: «La educación liberal es otra cosa: nos enseña cómo hacer cosas que no son necesarias, que no están dictadas por consideraciones de tipo práctico o económico, sino que vale la pena hacerlas por sí mismas. Aristóteles usó una atrevida analogía para hacer esta crucial distinción. El hombre libre, dijo, es el que vive para sí mismo y no (como el esclavo) para otros; y, en el mismo sentido, la filosofía es para él el más libre de los estudios y materias, porque se emprende solamente por sí mismo y es –como ese hombre de mentalidad servil diría– absolutamente inútil»³.

Con la educación liberal me parecía que estaba aportando algo muy valioso, por lo menos, no de rango inferior al resto de materias, estrictamente prácticas, que recibían mis alumnos de periodismo, administración de empresas, enfermería, farmacia, etc. Esta convicción se veía confirmada no sólo por la opinión y el pensamiento de Aristóteles y Derrick, sino por una tradición de intelectuales, algunos de ellos protagonistas de capítulos de este libro como Ortega, Unamuno o Pedro Laín Entralgo. Sin embargo, las humanidades, y paso ahora a comentar lo que está sucediendo en la Universidad en nuestros días, están siendo arrinconadas en los últimos años. Se está imponiendo cada vez más y de un modo patente, una formación universitaria centrada en la adquisición de competencias y habilidades de carácter meramente instrumental. Toda la educación desde los objetivos, temarios, bibliografía y modos de evaluación de una asignatura se articulan y estructuran en relación

³ DERRICK, C. (1997) *Huid del escepticismo*, Madrid, Encuentro, pp. 35-36.

a la utilidad marcada por las competencias y habilidades a adquirir. No hay espacio para la libertad, para buscar la verdad por la verdad, para adquirir los conocimientos valiosos por sí mismos. Si se deja un espacio, es para que esos conocimientos adornen el currículum académico del alumno, pero no adquieren la centralidad que antaño poseían en algunas universidades.

No soy el único en advertir esto. El filósofo Alejandro Llano, con una aquilatada carrera universitaria como pensador y como gestor (fue rector de la Universidad de Navarra), publicó un libro en el año 2003 con el título *Repensar la Universidad. La Universidad ante lo nuevo*. Cambiaban los tiempos, qué debía permanecer en esta institución casi milenaria y qué debía adaptarse ante la nueva situación social. Allí escribía: «Pero lo cierto es que el futuro de nuestra civilización depende en buena parte de que la Universidad no pierda su esencial vinculación con el tipo de conocimientos que afectan más profundamente a la persona humana. La Universidad –y con ella la sociedad entera– se juega su destino en el tratamiento que conceda a los saberes humanísticos»⁴. No se trata, añadía Llano, de restaurarlas como si las trajéramos del pasado y sin ningún tipo de consideración las insertáramos tal cual en el ámbito académico actual. Alejandro Llano hablaba de integrarlas en lo nuevo⁵ que en nuestros tiempos posee un carácter profundamente tecnológico. Otras obras, más recientes como *Humanidades para el siglo XXI*⁶ o *Adiós a la Universidad. El eclipse de las Humanidades*⁷ insisten en las mismas ideas de Alejandro Llano a partir de otras experiencias, desde otros ángulos y perspectivas, pero en el fondo coincidiendo en la profunda preocupación por la desaparición de las humanidades en el proyecto universitario español.

⁴ LLANO, A. (2003) *Repensar la Universidad*, Madrid, Ediciones Internacionales Universitarias, p. 13.

⁵ «Si todavía aspiramos a que la inteligencia trate de encaminar el curso de los acontecimientos humanos, es preciso que las instituciones académicas, culturales y científicas, sean capaces de asimilar lo nuevo, captar su radical dimensión antropológica y ética, integrarlo en el modo de pensar propio de un humanismo no meramente añorante o restaurativo» *Ibid.*, p. 17.

⁶ ALVIRA, R.; SPANG, K. (Ed.) (2006) *Humanidades para el siglo XXI*, Pamplona, EUNSA.

⁷ LLOVET, J. (2011) *Adiós a la Universidad. El eclipse de las Humanidades*, Barcelona, Galaxia Gutenberg.